

—Mi querida mujer —continuó—, la Biblia dice que «**la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado**» (1 Juan 1:7).

—¿Dijo usted, todo pecado? —preguntó ella ansiosamente— ¿Realmente dice TODO pecado? Eso de seguro me dejará entrar.

De rodillas, junto a ella, le contestó:

—Sí, dice todo pecado. El libro de Dios también dice: «**Palabra fiel y digna de ser aceptada por todos: Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, entre los cuales yo soy el primero**» (1 Timoteo 1:15).

—Pues —dijo ella—, si él pudo entrar, entonces yo también puedo entrar.

—Y en el proceso —añadió este hombre al contar la historia algún tiempo después— mientras ella entraba, yo también entré.

Los dos pecadores, el clérigo y la mujer con un mal pasado, entraron juntos por la puerta de salvación aquella noche.

El Señor Jesús dice: «**Yo soy la puerta; si alguno**

entra por mí, será salvo» (Juan 10:9).

Nuevamente: «**Al que viene a mí, de ningún modo lo echaré fuera**» (Juan 6:37).

La única puerta

El Señor Jesús es *la* puerta. Él no dice que es *una* puerta, porque no hay otra puerta. La iglesia no es la puerta; los Diez Mandamientos tampoco, ni el reformarse, ni hacer buenas obras; la bendita María, madre de Jesús, no es la puerta. Jesús es la única puerta y, para entrar al cielo, un pecador deberá venir a través de Él para que sus pecados sean perdonados y limpiados.

El buen vivir del hombre religioso no le dio la entrada, ni el proceder malo de la mujer la privó de entrar. Ambos eran pecadores, «**por cuanto todos pecaron**» (Romanos 3:23) y, como tal, entraron por la misma puerta a la vida y la paz, por medio de la fe en el Señor Jesucristo.

«**Venid ahora, y razonemos —dice el SEÑOR— aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, como blanca lana quedarán**» (Isaías 1:18).

—Mi querida mujer —continuó—, la Biblia dice que «**la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado**» (1 Juan 1:7).

—¿Dijo usted, todo pecado? —preguntó ella ansiosamente— ¿Realmente dice TODO pecado? Eso de seguro me dejará entrar.

De rodillas, junto a ella, le contestó:

—Sí, dice todo pecado. El libro de Dios también dice: «**Palabra fiel y digna de ser aceptada por todos: Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, entre los cuales yo soy el primero**» (1 Timoteo 1:15).

—Pues —dijo ella—, si él pudo entrar, entonces yo también puedo entrar.

—Y en el proceso —añadió este hombre al contar la historia algún tiempo después— mientras ella entraba, yo también entré.

Los dos pecadores, el clérigo y la mujer con un mal pasado, entraron juntos por la puerta de salvación aquella noche.

El Señor Jesús dice: «**Yo soy la puerta; si alguno**

entra por mí, será salvo» (Juan 10:9).

Nuevamente: «**Al que viene a mí, de ningún modo lo echaré fuera**» (Juan 6:37).

La única puerta

El Señor Jesús es *la* puerta. Él no dice que es *una* puerta, porque no hay otra puerta. La iglesia no es la puerta; los Diez Mandamientos tampoco, ni el reformarse, ni hacer buenas obras; la bendita María, madre de Jesús, no es la puerta. Jesús es la única puerta y, para entrar al cielo, un pecador deberá venir a través de Él para que sus pecados sean perdonados y limpiados.

El buen vivir del hombre religioso no le dio la entrada, ni el proceder malo de la mujer la privó de entrar. Ambos eran pecadores, «**por cuanto todos pecaron**» (Romanos 3:23) y, como tal, entraron por la misma puerta a la vida y la paz, por medio de la fe en el Señor Jesucristo.

«**Venid ahora, y razonemos —dice el SEÑOR— aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, como blanca lana quedarán**» (Isaías 1:18).



Un clérigo muy conocido estaba preparándose para ir a descansar cierta noche, cuando escuchó que alguien tocaba su puerta. Al abrirla, se dio cuenta de que era una niña, mojada a causa de la lluvia. Mientras contemplaba a la niña de aspecto pobre y triste, ella le preguntó:

—¿Es usted el hombre religioso?

—Así es —contestó él.

—Pues, ¿podría ayudar a mi madre para que pueda entrar? —preguntó la niña.

El hombre amablemente le contestó:

—Querida, no sería correcto dejarla entrar aquí. Si está embriagada, deberías buscar mejor a un policía.

Desea ir al cielo

—Oh, señor —contestó rápidamente— ¡usted no entiende! Mi mamá no está embriagada; ella está muriendo en casa, y tiene temor a morir. Desea ir al cielo, pero no sabe cómo hacerlo. Le dije que yo buscaría a un pastor para que le ayudara a entrar. Venga rápido, señor, ¡va a morir!

Un clérigo muy conocido estaba preparándose para ir a descansar cierta noche, cuando escuchó que alguien tocaba su puerta. Al abrirla, se dio cuenta de que era una niña, mojada a causa de la lluvia. Mientras contemplaba a la niña de aspecto pobre y triste, ella le preguntó:

—¿Es usted el hombre religioso?

—Así es —contestó él.

—Pues, ¿podría ayudar a mi madre para que pueda entrar? —preguntó la niña.

El hombre amablemente le contestó:

—Querida, no sería correcto dejarla entrar aquí. Si está embriagada, deberías buscar mejor a un policía.

Desea ir al cielo

—Oh, señor —contestó rápidamente— ¡usted no entiende! Mi mamá no está embriagada; ella está muriendo en casa, y tiene temor a morir. Desea ir al cielo, pero no sabe cómo hacerlo. Le dije que yo buscaría a un pastor para que le ayudara a entrar. Venga rápido, señor, ¡va a morir!

El buen hombre, movido a compasión, no pudo resistir la petición de aquella niña y le prometió que iría en cuanto se cambiara de ropa. La niña lo guió a una casa vieja en un barrio pobre, subiendo unas escaleras, atravesando un pasillo oscuro, y finalmente al cuarto sombrío. Allí se encontraba acostada la mujer moribunda.

—Mami, he traído al hombre religioso. Dile lo que quieres, y haz lo que te diga, ¡él te ayudará a entrar!

Muy cansada como para levantarse, la pobre mujer levantó la voz y preguntó:

—¿Puede usted hacer algo por mí? He vivido mi vida en pecado y, ahora que estoy a punto de morir, siento que voy directo al infierno, pero no quiero ir allá; yo quiero ir al cielo. ¿Qué puedo hacer?

Dudas

Al mirar la angustia en el rostro de la mujer, el clérigo pensó: *¿Qué le puedo decir? He estado predicando que la salvación se obtiene por medio de las buenas obras, pero esta pobre alma ha llegado al punto de que ya no tiene tiempo para reformarse. He predicado que es necesario tener un*

El buen hombre, movido a compasión, no pudo resistir la petición de aquella niña y le prometió que iría en cuanto se cambiara de ropa. La niña lo guió a una casa vieja en un barrio pobre, subiendo unas escaleras, atravesando un pasillo oscuro, y finalmente al cuarto sombrío. Allí se encontraba acostada la mujer moribunda.

—Mami, he traído al hombre religioso. Dile lo que quieres, y haz lo que te diga, ¡él te ayudará a entrar!

Muy cansada como para levantarse, la pobre mujer levantó la voz y preguntó:

—¿Puede usted hacer algo por mí? He vivido mi vida en pecado y, ahora que estoy a punto de morir, siento que voy directo al infierno, pero no quiero ir allá; yo quiero ir al cielo. ¿Qué puedo hacer?

Dudas

Al mirar la angustia en el rostro de la mujer, el clérigo pensó: *¿Qué le puedo decir? He estado predicando que la salvación se obtiene por medio de las buenas obras, pero esta pobre alma ha llegado al punto de que ya no tiene tiempo para reformarse. He predicado que es necesario tener un*

buen carácter para recibir salvación, pero ella carece de él. No sé qué hacer.

En ese momento, este hombre se dio cuenta de que, ni su religión, ni su noble filosofía y buenos modales tenían algo que ofrecer a esta pobre mujer que estaba a punto de enfrentarse con su Creador. De repente, se le ocurrió una idea:

¡Ya sé! Le diré lo que mi madre me enseñaba de la Biblia cuando era niño. ¡Casi lo había olvidado!

Inclinándose junto a ella, el predicador comenzó:

—Mi estimada señora, Dios es lleno de gracia y de bondad y, en su Palabra, la Biblia dice: **«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en El, no se pierda, mas tenga vida eterna»** (Juan 3:16).

—¡Oh! —exclamó la mujer moribunda— ¿Dice eso la Biblia? Eso de seguro me dejará entrar. Pero señor, mis pecados, ¡mis pecados!

Todo pecado

El hombre estaba asombrado por la manera en que los versículos venían a su mente.

buen carácter para recibir salvación, pero ella carece de él. No sé qué hacer.

En ese momento, este hombre se dio cuenta de que, ni su religión, ni su noble filosofía y buenos modales tenían algo que ofrecer a esta pobre mujer que estaba a punto de enfrentarse con su Creador. De repente, se le ocurrió una idea:

¡Ya sé! Le diré lo que mi madre me enseñaba de la Biblia cuando era niño. ¡Casi lo había olvidado!

Inclinándose junto a ella, el predicador comenzó:

—Mi estimada señora, Dios es lleno de gracia y de bondad y, en su Palabra, la Biblia dice: **«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en El, no se pierda, mas tenga vida eterna»** (Juan 3:16).

—¡Oh! —exclamó la mujer moribunda— ¿Dice eso la Biblia? Eso de seguro me dejará entrar. Pero señor, mis pecados, ¡mis pecados!

Todo pecado

El hombre estaba asombrado por la manera en que los versículos venían a su mente.